



*Función de medianoche* retrata en vivo a las clases medias del México moderno y reconstruye el itinerario de las minorías urbanas por el laberinto de la solidaridad nacional. Ensayo de introspección social, repaso y examen de las instituciones simbólicas mexicanas, *Función de medianoche*, una obra escrita desde una lúcida conciencia de los poderes y compromisos del quehacer literario cotidiano, salda críticamente nuestro pasado inmediato. Con prosa eficaz y audacia crítica, José Joaquín Blanco aborda la vida secreta de los sueños e instituciones nacionales registrando con exactitud las ilusiones, complacencias, creencias y credulidades de un auditorio nacional sucursalizado, instando constantemente al lector a desnaturalizar su conformismo y a ejercer de una manera más plena el difícil ministerio de ciudadano.

## Índice de contenido

Cubierta

Función de medianoche

¡México! ¡México!

### I. El alambrado

- Otra prosa periodística
- La quiebra de la cultura oficial
- Las manos sucias
- La traición de la cultura
- Los inteligentes tarugos
- Rumbo al desfile
- El teatro de Donceles
- La obra educativa de Díaz Ordaz
- La UNAM en la política
- Tarascada de burro cargada de razón
- Nuevas profecías de Nostradamus
- Diagnóstico del CELAM inmóvil
- El león en el foso de los danieles
- La turbia libertad

### II. Botín con ajetreo de víctimas

- La ciudad enemiga
- Mercados sobre ruedas
- Panorama bajo el puente
- Elogio de la transa
- La plaza del metro
- Los apetecibles cuerpos de la miseria
- Frío del martes por la madrugada
- El automóvil como consolador
- Dianética se escribe con D

Ejecutivo junior  
Plaza Satélite  
La comida con Carlos Hank  
Avenida Álvaro Obregón  
Calle de San Juan de Letrán  
Señores pasajeros: lo que sea su voluntad  
Hacia las Lomas voy, dulce retiro  
La realidad donde menos se la espera  
En cada defeño viaja la capital entera  
Brindis por los ochentas  
Manuscrito encontrado en una botella

### III. El íntimo transar del corazón

Amantes como automóviles  
Soy mucho menos que nada  
Los cuarentones ante el paraíso  
La única fertilidad  
Fue una historia de amor  
La decadencia de las escaleras  
Una historia para Fassbinder  
Frío del sábado por la madrugada  
La familia pequeña consume mejor  
Juana de Arco en la Balbuena  
Sociología de aes y bes sobre Paco y Gladys  
La guarida de los escorpiones  
Un mesías en Iztacalco  
Aaron Burr en el Bellinghausen  
Un gastroenterólogo en tu futuro  
La vida es larga y además no importa  
Frío del viernes por la madrugada  
El enredijo legal que nos vuelve delincuentes  
El panteón de aquí cerca  
El sincero mes de enero  
Un Fausto de Lindavista  
Las lluvias de julio  
Albur de amor

La ciudad y los solos  
Frío del lunes por la madrugada

IV. Ojos que da pánico soñar

Notas

*A unomásuno*

## ¡MÉXICO! ¡MÉXICO!

---

La patria tiene grúas, bull-dozers y camiones de mudanza; parece moverse todo el tiempo —mejor dicho, andar todo el tiempo moviendo las cosas y a las gentes: alzando bardas, derrumbando unos edificios para levantar otros, destrozando y fabricando panoramas—. Pensar en México puede ser un agolparse de imágenes de construcción: ajeteo de albañiles, traqueteo de grúas, revolvedoras y palancas; gritos de carga y descarga. Se diría que esto es más propio de la capital, pero todo hace pensar que la capital es el vasto y pavoroso proyecto para el país entero. Hay mucho dinero y mucho poder que se concentran y se ejercen; entre ambos arman el jaleo que nos desplaza. México es la euforia aplastante y metódica de sus dueños. Un coro de hurras en torno al botín del 16 de septiembre. Se distribuyen el mapa como un juego de fichas: refinerías y gasolineras, puertos industriales y paraísos turísticos, aviones y rascacielos; capitales, crepúsculos, selvas y monumentos; palacios de gobierno, bolsas de valores. En las astas de poderosas corporaciones la bandera, ondeando al viento, rubrica los decretos del despojo. El águila del escudo adquiere voraz cuerpo en los tribunales, donde una Constitución nacional hinca garras y pico precisamente contra sus propios orígenes, destrozándolos encarnizadamente mientras se recubre con la vistosa confusión de un plumaje legalista de crucigramas, acertijos, reformas y reglamentaciones, con lo que se deseca la raíz popular de la ley hasta servirla, ramillete oratorio, como decoración en el centro de la festinada mesa de las decisiones del capital y del poder. ¡México! ¡México!

México son los otros: las cúpulas, con todo el dinero y todo el poder para cambiar poblaciones y geografías a su gusto y conveniencia. Tanto hablar de raíces milenarias, de idiosincrasias seculares, de instituciones y tradiciones que han triunfado contra invasores, para que no se les tenga mayor respeto que a los cachivaches y escenografías de cartón en la trastienda de un viejo teatro de provincia. Los dueños del país están poniendo su nueva casa. Toda la historia anterior les estorba: anticuada, demagógica, mugrosa, indígena o aldeana. Destruyase o remodelése; al capital todos los derechos, incluso el de la devastación; y a la población ninguno: no ciertamente el voto ni alguna participación en las decisiones públicas, nacionales y regionales, que la mínima decencia democrática le confiere, sino ni siquiera el de protesta.

Bull-dozer prepotente, a los acordes gallardos del Himno Nacional, el capital destruye y remodela el país entero para dejarlo perfectamente a su medida. No conoce de prohibiciones, restricciones, reglamentaciones ni laberintos burocráticos que sí, todos a la vez y ubicuamente, gravan al trabajador. Tampoco, ante él, hay derechos que prevalezcan. Destruyanse grupos humanos, poblaciones, costumbres, modos de vida creados durante siglos por muchedumbres. Remodélense el idioma, las leyes, la vida y el pensamiento de los héroes, las formas culturales, los objetos y los panoramas públicos. Así se ha destruido y remodelado todo: la industria, la agricultura, el comercio, la ganadería; la mentalidad y el lenguaje, las instituciones políticas; los grupos humanos y la geografía. Amo difícil de complacer, trepado en la Columna de la Independencia, el capital; mientras sus recursos de intrusión y de dominación se han multiplicado astronómicamente con la tecnología, los derechos y las libertades *funcionantes* de la población han ido mermándose con el paso de los sexenios, a tal grado que la organización sindical o vecinal, la práctica individual de los derechos civiles y hasta la existencia cotidiana de la



persona en sociedad, y en su intimidad, se ven permanentemente demonizadas, obstruidas, reprimidas y deformadas. Sólo el capital y el poder son nacionales: lo demás son la basura, los desechos y los bichos del mapa. La campana de Dolores tañe con restrictivo clamor en obsequio de los dueños de la casa.

En sus tres sílabas de cuerno de la abundancia, con su é esdrújula como el gallo o el clarín que abren el día, esa sonora palabra, Mé-xi-co, no incluye a los ciudadanos del común. Ha sido remodelada. No incluye a los trabajadores, que son su enemigo: el Huichilobos de overol que amenaza la quetzalcóatlíca opulencia de las cúpulas. La ideología nacional, que se interioriza en todos a través de los medios masivos de comunicación, de la práctica de las corporaciones públicas y privadas, de las reglamentaciones y del macanazo, no deja un instante de enfatizar que la brutalidad, la ilegalidad, la lesa patria, la barbarie, la estupidez, la ignorancia y el apocalipsis son lo que define a los trabajadores, cada vez que pretenden hacer valer alguno de los derechos laborales y políticos que la Constitución misma les otorga. Ha sido campaña permanente del capital y del poder presentarlos como la turba que demoniacamente empuja a México hacia el caos, la barbarie, la ruina, la zahúrda, el desastre de la patria. Los enemigos de la nación; los que están fuera de ella, y la acechan con fines carniceros. ¡Los telefonistas quieren desvertebrar a México! ¡Los electricistas se proponen el infarto de la sociedad! ¡Los ferrocarrileros nos quieren devolver a la prehistoria! ¡Los maestros, normalistas y rurales; los médicos, los trabajadores del metro, los choferes urbanos, los deportistas, los empleados bancarios, los obreros de industrias textiles! Toda esa masa irredenta y estúpida que antepone sus egoístas intereses gremiales contra la delicada, núbil e iridiscente Unidad Nacional. La revolución mexicana (¡Mé-xi-co! ¡Mé-xi-co!) tiene un solo peligro, un solo peligro mortal: ¡los trabajadores!

En el sentido inverso corre la línea de la autoridad. No importa que se les descubran crímenes e irresponsabilidades que *sí* causan desastres: por el hecho de ser patrones, pontífices, instituciones o gobierno, quedan libres de toda culpa y aún más, como depositarios de todas las virtudes, con las tres exclusivas sílabas de México en la coronada frente. Antes de que estalle una huelga de electricistas ya corre la voz de «fin del mundo» precisamente contra quienes, los trabajadores, a pesar de la corrupción y de la mala planeación, hacen posible la electricidad. En cambio, cuando *sí* vienen los apagones, ninguna autoridad es responsable y son las sequías, las potencias extranjeras, los imponderables. Basta una vaca que se muera en un centro de investigaciones universitarias durante una huelga por la lucha de elementales derechos laborales, para izar el emblema de la barbarie obrera; pero no basta un 10 de junio de 1971 para restar un mínimo de virtud a los inmediatamente responsables; por el contrario, se les premia en Nuevo León y Nayarit con gubernaturas. Es campaña permanente, de décadas, que la revolución mexicana sólo tiene un fundamento: la prepotencia indiscutible e impune de cualquier autoridad. El bull-dozer ha destruido y remodelado nuestra historia a tal grado que parecería que no fueron las masas campesinas quienes hicieron la revolución, sino más congruentemente don José Yves Limantour, y que tal es la verdadera simiente nacionalista.

La nación es el poder. La cultura emana del poder. No hay más unidad patriótica que la hecha en torno al poder, ni otra paz que la docilidad al poder; ni progreso posible que no sean las ganancias del capital concentrado. La patria son los otros. Y cualquier intento de cumplir lineamientos establecidos desde 1917, o desde constituciones anteriores, muchas veces (sobre todo en el campo) desde la temprana época colonial, significa el desorden, el antiméxico, la barbarie y la guerra. Los trabajadores son la calamidad nacional: tienen muchos hijos, insisten en malnutrirse,

en vivir insalubrementemente; no hablan el español televisivo y son deshonestos como sus líderes. La nota roja y el casandrismo gerencial los señalan como el caos: si llegaran a tener más gestión sindical, se acabarían la autonomía universitaria, el espíritu deportivo, la brillantéz de los aparadores comerciales, el mesiánico sabor de la Coca-Cola y el crujido de las papas fritas industrializadas; se desestabilizaría el peso, tronarían los cables; desaparecerían los mariachis del cine y la emblemática x de la palabra México; no habría mayor vida social que el apuñalamiento callejero.

Nuestra experiencia cotidiana desmiente tal campaña, pero seguimos víctimas de su atmósfera intimidante porque no está en la gente común decidir qué es o no México; y mucho menos contradecir a los dueños de la casa. Pero ese conocimiento radical persiste: que el escaso orden que conservamos (como que salga agua en los grifos, se enciendan los focos, se muevan los camiones, se impriman cosas en los periódicos y de algún modo nos las ingenieros para sobrevivir) se debe al trabajo. Que el orden está en el trabajador. Y el gran desorden en la acumulación de poder en la autoridad y en las corporaciones del dinero. Pues un poder así concentrado, tan sin factores de equilibrio y polémica, se ve fácilmente tentado por la arbitrariedad; y de ahí a la ineficiencia, a la irresponsabilidad e incluso al crimen no hay más que un paso: el paso del bull-dozzer.

Gracias al orden cotidiano de los trabajadores el país ha soportado durante décadas el desorden del poder concentrado; sin embargo, continuamente se acusa al trabajador de los platos rotos, y a quienes sí los rompen se les hace pasar por los defensores de México, lidiando contra la turba para que no se rompieran más; es el poder el que ha desordenado la organización sindical con el patrocinio, repetidas veces apoyado con las armas, al charrismo, y sin embargo a quien se culpa es a las víctimas; como a ellas se les sigue culpando de todos los desastres de la producción,

de la insalubridad y de la miseria, del hambre y de la ruta a la vejación laboral en los Estados Unidos; de la contaminación del ambiente y de los infiernos urbanos de la aglomeración desempleada. Por debajo y al lado de los verdes, dorados y escarlatas de un México de lujo, está esa patria, la exiliada y la verdadera, el México de la resistencia *cotidianamente civilizadora* de los trabajadores contra la barbarie del poder arbitrario e impune.

Un México aún más despojado de México, en el campo: una patria de golpes y magulladuras, en la que las causas, las palabras y los héroes populares son remodelados y enarbolados exactamente contra las muchedumbres a quienes rotundamente pertenecen. El México del cacique, del acaparador y comercializador de los productos; del capital financiero, de las matanzas policiacas, militares o paramilitares en despoblado; el vocablo abrumador que exige e impone el hambre como precio para que la patria de zonas residenciales progrese. El México del campo, más alejado y oprimido que nunca por los altos dueños de las ciudades; de un modo hábil y milagroso, pues resulta que una larga historia de luchas campesinas es invocada precisamente para legalizar el despojo del campo. Y por añadidura, la brutal humillación de encontrar las muecas y los ademanes rurales como atributos bufonescos en la cúpula, entre diputados y líderes que precisamente para desplazar a los campesinos de carne y hueso, se erigen en sus representantes. Representantes de obreros, de campesinos, de grupos urbanos; representantes de la historia nacional, del arte, de las regiones, como en una precipitada e improvisada función oficial en un día patrio, en un espacio que tampoco es el país de bulto sino una escenografía de plásticos y cartones a escala de volcanes, como los actos de masas amañados para celebrar a candidatos priístas, entre el decorado fotogénico de un amanecer sobre montañas, iglesias y pirámides de agencia de turismo. El campesino tampoco es México. Lo ha sido en ocasiones, en otras ha estado a pun-

to de serlo, pero ha terminado en el exilio del jacal, la parcela, la fuga a ciudades perdidas o al norte; ha sido el trabajo, la materia prima, la caña que no importa en sí misma sino como el jugo que, una vez extraído, pierde relación con el bagazo.

Desde su punto de vista, sin embargo, los obreros y los campesinos sí tienen su patria. La fuerza con que se manifiestan cuando pueden es la certeza de su razón y de su existencia. Un México seco, sordo, terco entre los dientes; dientes pelones y quijadas duras, aferrados a él como a una peña. *Una patria de clase*, entre ellos, en la solidaridad de la resistencia, en la invención continua de sus vidas contra los embates de los Méxicos de arriba. De ahí parte de la seducción que ejercen sobre los sectores más responsables y progresistas de la clase media, la envidia que les tenemos: ellos sí son alguien, personalmente y en la trabazón colectiva. Tienen cultura de bulto: modos de vida, de relación cálida, de bondad y cortesía; y cada vez que aparecen en los grandes escenarios de la vida política, recargan a todos los sectores y las manifestaciones del país con nueva fuerza, dignidad e iniciativa.

Por desgracia el tema de este libro no son principalmente ellos, sino la clase media urbana como una desvelada función de medianoche, entre los artificios del consumo y de la civilización del bienestar; y sólo se les menciona como contexto. El Mé-xi-co clasemediero, arrogante y vulgar, que priva en las zonas relativa o desproporcionadamente desahogadas de nuestras ciudades. Un tema a mi medida, como parte que soy de ese medio, de esa cultura, incluso cuando me rebelo; incluso cuando cada uno de quienes con gusto o molestia nos parecemos en tales características, nos rebelamos de cualquier modo. El México inhabitable de millones de clasemedieros presos en la ansiedad de creerse pequeños potentados; y que antes muertos que asumirse como trabajadores, aun como trabajadores privilegiados. Una cultura de irrealidad y ambiciosas y ridículas

presunciones: toda la vida, todo el cuerpo, todos los instantes y los esfuerzos para convencerse de que uno es un potentadito; y ahí estamos: construyendo palacios de plástico en miniatura en los tres o cuatro cuartos de un condominio; buscando abolengos y heráldicas en compadrazgos redituables; andando y desandando almacenes, bancos y agencias con el salivoso nacionalismo en los belfos, pues cada mercancía es la brillante y rápidamente desgastable ratificación de la mentira: pujando un poco más, cada clasemediero puede hacerla de amo, de dueño, de patrón para ver quién se lo cree.

Amplios grupos humanos insatisfechos, bastante transas, compitiendo todo el día para trepar unos milímetros más en la escala que nunca, por lo demás, será suya; amargos, maledicentes, sin que llegue a ocurrírseles que con un poco de razón y de buena fe, en vez de andarse disfrazando tras las semblanzas de gerentazos y jefazos, podrían inventarse mundos habitables y solidarios. Nuestro antiguo-biernismo del rencoroso regateo; nuestro nacionalismo de a ver cuándo nos parecemos más al que va más arriba en la escalera del saqueo. Un cuándo que por supuesto es nunca, más que en casos insólitos, delincuenciales o milagrosos.

Y apenas esa frustración, esa mezquinidad dolorosa, ese llevar día a día la ambición atorada en la garganta, puede darnos el beneficio literario de la simpatía por quien también —aunque éste a causa de una decisión en gran medida propia— sufre la confusión, la desesperanza y la pantanosa cárcel del propio cuerpo presuntuosamente vestido; del propio cerebro tan ornamentado de mensajes electrónicos y de consumo. La soledad clasemediera: ¡México!

# I. EL ALAMBRADO

---